

de tan alta merced, el clamor de los pueblos que te bendicen? qué la gratitud de la Iglesia que te venera con un culto especialísimo y levanta en honra tuya templos y altares? ¿Quién se cansará jamás de alabarte y publicar á voces que por tí ha conocido el hombre á su Dios; que por tí se ha conocido el hombre á sí mismo; que eres Madre Santísima de la Luz?

III

Mas, no concluyen aquí las grandezas que este dulce título encierra, aun pasa más adelante el influjo de la Virgen Sacratísima en la sobrenatural ilustración del hombre; antes me resta aún por declarar el toque más delicado de esta obra sin segundo. Porque toda la ciencia contenida en el inagotable arsenal de la religión católica se hizo para el entendimiento del hombre, como el perfume para el sentido, como para la voluntad el bien, como el alma para el cuerpo: mientras esa ciencia es puramente objetiva, permanece inútil é infructuosa, hasta que, lanzándose en la inteligencia, halla su natural complemento y perfección.

Llenas están las bibliotecas de volúmenes, donde los sabios han ido atesorando su caudal no despreciable de verdades y opiniones, en todo linaje de asuntos á que la razón humana se extiende. Yacen allí polvorientos y medio carcomidos, y para innumerables personas son únicamente objeto de admiración ó de lucro ó de mera curiosidad. Pero, esperad que algún ingenio privilegiado los abra y los hojee, los estudie y los medite: de aquellas inertes páginas saltará, como una chispa con maravillosa y secreta virtud arrancada, una idea; y la prenderá en el entendimiento y engendrará una convicción; y la convicción un deseo; y el deseo un impulso irrisis-

tible: y mirad cómo aquel hombre se lanza intrépido á realizar atrevidos negocios, á conquistar nuevos mundos para la ciencia, á merecer inmarcesibles laureles con sus altos hechos políticos ó militares. ¡Nada más natural! me decís.

Pues, semejante es la operación de la gracia, que no destruye sino perfecciona la naturaleza. Y en esto precisamente se distingue la ley de Cristo de las leyes humanas y aun de la Ley Mosaica: "Lex per Moysen data est, gratia et veritas per Iesum Christum facta est; la Ley fué dada por Moisés, mas la gracia que de verdad hace santos, obra es de Jesucristo." (S. Joam. I, 17:) aquella ley imponía preceptos, y, de suyo, no daba gracia y esfuerzo para cumplirla; ilustraba el entendimiento, y dejaba la voluntad torcida y mal inclinada: pero la gracia, entrando en el alma, graba en la voluntad con amor y afición aquello mismo que en los libros de la ley con materiales caracteres tiene escrito; y el mandamiento ó consejo que en la razón resplandece y da luz, la gracia lo inocula y difunde tan suave y eficazmente por todas las fuerzas y apetitos del alma, que se lo convierte en su única voluntad y deseo. Pero, he dicho poco; esta gracia es de todo punto necesaria para poner en práctica la doctrina evangélica. Bien puede uno naturalmente conocerla, una vez revelada; pero, sin el auxilio de la gracia no la pondrá por obra: si Dios no le ilumina con esa luz interior y más penetrante que agudísimo estoque, de nada le servirá cuanto oiga y entienda por defuera; si Dios no imprime en la voluntad ese dulce y misterioso impulso que, sin detrimento alguno de la libertad, impele y arrastra hacia el bien, todo será en vano: "Sine me, dice Cristo, nihil potestis facere; sin mí nada podéis hacer." [S. Joann. XV, 5.]

Pues; ¿qué? también aquí descubrimos la intervención de la Madre de Dios? ¿Quién podrá siquiera rastrear los ocultos caminos por donde esa luz de la gracia se infiltra en el alma? Los Santos, conocedores de los secretos de Dios, nos enseñan que por medio de la Castísima

Virgen María reparte el Señor esas gracias; que sus ruegos é intercesión le mueven á iluminar las inteligencias y á rendir las voluntades; y San Bernardo y San Li- gorio llegan á decir terminantemente, que no se otorga una sola gracia que deje de pasar por sus manos. ¿Será forzoso añadir más, para dar por demostrado que también en este sentido es Madre Santísima de la Luz?

Pero prescindamos de ello, si os parece; y vengamos ya á lo que más de cerca nos atañe. No me neguéis, porque raya en la misma evidencia, que á aquellos á quienes la serenísima Reina del cielo ha tomado debajo de su particular patrocinio y clientela, á esos sí les comunica el Señor todas las gracias por intervención de su Madre bendita.

¿Quién me diera, al llegar á este punto, un corazón de fuego y una voz que resonara en todos los ámbitos de esta ciudad, para anunciar la rara predilección y benignísima caridad que con ella ha usado la Virgen Nuestra Señora?

Porque, parando un poco la atención en los medios con que la Virgen María, ausente en el cielo, se comunica con los que vamos peregrinando por el mundo, advierto que frecuentísimamente, por no decir siempre, ha tomado una imagen suya, como órgano de su poder y bondad, ora sea por sobrenatural manera pintada, ora por manos de hombres esculpida. En Santa María la Mayor de Roma y en Loreto, en Zaragoza y en Montserrat, en Lourdes y en Guadalupe, en todos los reales sitios preferidos por la Emperatriz de cielo y tierra para dispensar sus favores, veo una imagen, ya ennegrecida por el humo de los cirios, ya cubierta de exvotos, ya coronada con oro y pedrería por el Vicario de Jesucristo. Y en aquella imagen parece que mora y descansa la virtud de la Virgen Madre de Dios, para obrar las finezas de su misericordiosa caridad para con los hombres; en la historia de todas ellas aparece de bulto la voluntad decidida de proteger con particular cuidado y providen-

cia á los que honraren con señalados obsequios aquel trasunto de sus bellezas.

Pues, decidme, ¿quién trajo de las remotas playas de Sicilia esa Imagen? ¿quién puso en el corazón del religioso á quien pertenecía, el pensamiento de colocar definitivamente en un altar, Aquella que había sido hasta entonces bandera invencible para pelear las batallas del Señor en el campo de las misiones? ¿Quién hizo que, sortéandose tantas veces la apetecida joya entre los colegios que tenía la Compañía de Jesús en la Nueva España, saliese otras tantas la suerte por León? ¿Por qué, respondedme, por qué se consumen día y noche cirios y lámparas ante esa bendita Imagen? ¿por qué tropieza la vista por doquiera, con ofrendas y exvotos de todo género? ¿por qué despliega el culto católico sus magnificencias en torno de ese altar? ¿por qué brilla esa corona sobre el pequeño cuadro que ostenta orgulloso á la Madre Santísima de la Luz?—¡Ah! sacad de sus arquetas y pupitres los añosos pergaminos donde nuestros abuelos hacen promesas de cantar las letanías de la Virgen y celebrar el triduo que precede á su gloriosa Asunción! desenrollad esos otros más recientes donde la juran Patrona de la ciudad y de la diócesis! leed esas dulcísimas frases que respiran ilimitada confianza en el patrocinio de María! besad esos nombres de vuestros antepasados que aún destilan finísimo amor á la Madre Santísima de la Luz! Es que nunca invocaron en vano su protección; es que siempre hallaron abiertos los tesoros del cielo; siempre vieron lozanas sus mieses y colmados sus graneros, lo cual era en aquellos tiempos la única riqueza de la Villa; es que durante casi un siglo de cruelísima guerra civil y hondas perturbaciones sociales, no manchó las calles de León, una sola gota de sangre fratricida, ni alteraron su paz los horrores de un sitio, ni los atropellos de un saqueo; es que la peste más asoladora de cuantas han infestado nuestro país, dió un paso atrás, ante los muros de la ciudad defendida por la Madre de Dios; es que María Santísima por medio de

esa Imagen, ha tomado bajo su especial cuidado y tutela á la ciudad de León.

Pero, con ser éstos, beneficios que pasan la raya de lo común y ordinario; que nos imponen estrechísima obligación de agradecerlos y deben despertar y mantener siempre viva nuestra confianza y filial piedad, porque dan claro indicio de una particular predilección de María Santísima hacia los hijos de esta ciudad: afirmo y sostengo que no son esas las mercedes que quiere principalmente hacernos la Reina del cielo. Seguid mi breve raciocinio, y os convencéis por completo de ello.

Indudable es que las diversas advocaciones ó títulos que en las imágenes de la Virgen se expresan, están fundados en los diversos beneficios de su mano recibidos; y que por cada una de ellas, se concede cierta gracia determinada, como efecto propio y primario de aquella advocación; sin que por eso dejen [claro está] de concederse otras distintas é innumerables; porque bien se me alcanza que Jesucristo ha cedido á María Santísima el reino de la misericordia, reservando para sí el de la justicia, y que es imposible que tal Hijo desoiga los ruegos de tal Madre. Mas, acontece con las imágenes de la Madre de Dios, algo semejante á lo que San Pablo (I Cor. XII, 10, 11) dice de las dádivas gratuitas: á éste se le concede el don de profecía, á aquél el de lenguas, á otro el de interpretar las sagradas Letras; y uno mismo es el Espíritu del Señor que los comunica: así también, grande es, universal, omnipotente el poder de María: pero aquí se manifiesta salud de los enfermos, allí auxiliadora de los guerreros, más allá libertadora de las almas que gimen aherrojadas en la cárcel del purgatorio. Pues, siendo esto así, digo que lo propio y lo particular de nuestra suavísima advocación es infundir en las almas de sus devotos las verdades católicas y darles eficacia en la práctica y defenderlos del error.

En efecto, dice la historia, y lo atestigua la inscripción que en el reverso de nuestra Imagen se lee, que la Virgen sacratísima, pintado su gracioso retrato, lo miró

complaciente y le dió particular bendición y le confirió el poder de hacer milagros. Pues bien; si esta particular bendición y virtud no fué primaria y principalmente la de convertir las almas á Dios y hacerlas de todo en todo cristianas, á fe mía, no acierto á comprender cual haya sido.

Porque costumbre es de reyes y príncipes, conceder las gracias según la mente y voluntad de quién las pide; pués, aquel santo misionero por cuyo medio plugo á la Virgen comunicárenos, ¿qué prodigios deseaba obrar, sino volver al conocimiento y amor de Dios las almas extraviadas? qué milagros quería obtener, sino grabar á fuego en los corazones convertidos las grandes verdades de la Fe? ¿Es otro, por ventura, el blanco adonde dirigió sus esfuerzos el predicador evangélico? ¿Hizo más esa Imagen, que convertir almas y confirmarlas en el bien, mientras anduvo recorriendo las comarcas de Silicia, como antiguamente el Arca del Señor los campos de Palestina? Es más: las imágenes, de ordinario, representan y dan á entender en su misma actitud y demás circunstancias simbólicas, esa gracia particular que á su culto va enlazada. Y os aseguro ingenuamente que, á medida que contemplo y trato de profundizar el sentido de nuestra bellísima alegoría, me confirmo en mi creencia y opinión: eso me está diciendo á voces el alma arrebatada á las fauces de Satanás por María, brazo derecho de Cristo, como la llama un Santo Padre; eso están clamando los corazones reunidos por María á Jesucristo, el cual con sus divinas manecitas parece que los ablanda y modela y conforma con el Suyo. Y ¿qué? la experiencia no está demostrando lo mismo? ¿Quién mantenía vivo y forzoso el espíritu cristiano de nuestros padres, sino la devoción á la Madre Santísima de la Luz? ¿No recordáis cómo esta devoción formaba brillante aureola en torno de la apostólica figura del primer Obispo (1) de León? ¿No recordáis cómo esta devoción irradiaba

[1] Ilmo. Sr. Dr. D. José M. de Jesús Díez de Sollano y Dávalos.

ba serena y dulcísima en el alma de aquel piadoso y elocuente sacerdote (1) que fué muchos años magistral de esta santa Iglesia? . . . Interminable sería, si pretendiera hacer desfilas una á una á vuestros ojos tantas personas como acuden á mi mente, quizás desconocidas para vosotros. Pero en el fondo de la vuestra se dibujan aun como en plácido lago, los rostros de vuestros antepasados: ¿os acordais de su fe tan sólida como sencilla? de su adhesión á la autoridad de la Iglesia? de su celo por las costumbres cristianas? ¿Habéis reflexionado cuál era el nervio de sus católicas virtudes? habéis investigado dónde templaban su corazón para la lucha que continuamente hay que sostener, si se quiere ser católico á derechas? ¿Qué templo visitaban más que este santuario? dónde era más larga y fervorosa su oración, que en el acatamiento de esa Imagen? qué dulces y persuasivas eran sus palabras cuando os hablaban de su Madre Santísima! qué generosos cuando se trataba de honrarla y festejarla! ¡Madre Santísima de la Luz! esta era la exclamación de regocijo en lo próspero; esta la invocación espontánea en lo adverso; con ella tal vez sellaron, al morir, los labios marchitos, como prenda de felicidad perdurable! Ahora entiendo por qué dispuso la Santísima Señora que en este mismo lugar se alzara el trono de su misericordia, y la cátedra de un sucesor de los apóstoles; el alcázar donde ella misma estuviese de guarnición en defensa de los suyos, y la atalaya donde un príncipe de la Iglesia velase por la conservación de la Fe; ahora entiendo por qué, así como en otros Santuarios hizo brotar fuentes milagrosas ó enriqueció con celestial eficacia las que ya existían, de la misma suerte ordenó que aquí, á raíz de su altar corriese el manantial de aguas vivas que salta hasta la vida eterna; ahora puedo legítimamente deducir que lo que obraba esa Imagen en diversos pueblos y ciudades, por ministerio de aquel religioso varón Juan Antonio Genovesi, eso mismo quie-

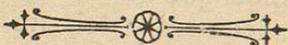
[1] Sr. Pbro. D. José de la Merced Sierra.

re hacer ahora permanentemente en su ciudad y pueblo escogido: implantar, desarrollar y conservar las ideas y los sentimientos católicos!

¡Oh pueblo felicísimo! ¡Oh ciudad dichosísima!, donde todos nacen bajo la influencia de este Astro bienhechor! dichosa ciudad, donde nunca se apaga ni desvanece ese Faro esplendoroso, por muy desencadenadas que rujan las tempestades de la vida! dichosa ciudad, donde reflejan en los quebrados ojos del moribundo, los rayos de esa Luz, no como crepúsculo de una breve dicha que pasó, sino como alborada de una eternidad bienaventurada que empieza! ¡Afortunada patria mía! Una y mil veces te felicito; una y mil veces me complazco en tu venturosa suerte; una y mil veces te ruego no permitas que tanta dicha se te vaya de entre las manos! Y, puesto que la patria no tanto son las calles y las plazas, cuanto vosotros que me escuchais, á vosotros me dirijo; oíd los deseos del último de vuestros compatriotas; recibid benignamente los ruegos y exhortaciones del más indigno ministro del Altísimo. Yo sí me regocijo (¿para qué negároslo?) al ver á nuestra común patria radiante de vida y de juventud, entrar de lleno por la espaciosa y deleitable senda del adelantamiento material. Yo deseo ardientemente, ya que aun tiene á gala coronarse de espigas y de amapolas, que sus campos sean los más fértiles, que luzca en ellos un cultivo inteligente y laborioso y al empuje de la moderna maquinaria os rindan ciento por uno; yo me gozaría sobremanera en que vuestra industria fuera buscada y estimada entre todas las del país y nada tuviera que envidiar á la extranjera, yo me enorgullecería, si vuestra ilustración en todos los órdenes del humano saber rayase muy alto y fuese respetada de propios y extraños. Pero, ¡que no adolezca la Fe de Jesucristo que aun vive sana y vigorosa en vuestras amenas campiñas; que no desaparezcan de vuestras fábricas y talleres las imágenes de Cristo Crucificado y de su Madre Santísima; que no os falte valor para confesar y practicar, dondequiera y delante de quienquiera,

los principios católicos! Si el espíritu del mal lograra arrancar del corazón á vuestros obreros y á vuestros colonos la única religión que ofrece á todos la felicidad verdadera é individual, para condenarlos á amansar con su sangre la dicha que sólo gozan unos cuantos ó ha de redundar solamente en beneficio general de la humanidad; si llegaran á contentaros demasiado los frutos de una civilización pagana é impía.....

Pero, he dicho que solo iba á manifestaros mis deseos; pues, el más entrañable, mi sueño dorado, sería que en medio de la corrupción de costumbres y desbordamientos de errores que nos cercan, León se conservase incólume, que reinasen aquí en todo y sobre todo Jesucristo y su Madre bendita! ¿Será posible? ¿será posible que como en otro tiempo la respetaron ejércitos disciplinados y hordas de bandidos, así la pestilencia de los errores modernos tampoco inficionase el purísimo ambiente de acendrado catolicismo que aquí se respira? será posible? Y ¿lo he dudado? ¿No anduvo el pueblo de Dios, seguro por el desierto hasta llegar á la tierra prometida, guiado por aquella columna lucidísima? Pues, la Madre Santísima de la Luz quiere ser vuestra guía. ¿No se gozaba de la luz del sol en el privilegiado país de Rameseí, mientras envolvían espantosas tinieblas lo restante de Egipto? Pues la Madre Santísima de la Luz es lumbrera inextinguible, sostén de la fe católica y ortodoxa. ¡Ah! mirad siempre á la que os dió á conocer á Dios; no apartéis los ojos de la que os trazó en Jesucristo Señor Nuestro el modelo del hombre en verdad santo y dichoso; no volváis las espaldas á la que vive en medio de vosotros para haceros partícipes de todos los bienes que la Religión Católica encierra: *venerunt mihi omnia bona pariter cum Illa.*



SERMON

*formada
razon*

DEL

SANTISIMO NOMBRE DE JESUS,

PREDICADO

En esta Santa Iglesia Catedral

POR EL SR. CURA LIC.

D. TIBURCIO MEDINA,

El Domingo 16 de Enero de 1898.



LEON

IMPRESA DE GOMEZ HERMANOS

1898